



Viuda e hijos de Arango Editores

H. Salazar Libr.

SARA MUJER DE TOBIAS



SARA.

MUJER DE TOBIAS.

Tédio me causa ya el vivir.
(Job. X.)

ERA Tobías de la ciudad de Neftali, en la alta Galilea, al pié del Líbano y no léjos del origen del Jordan. En tiempo de Salmanasar rey de Asyria, fué llevado cautivo á Nínive con las tribus que formaban el reido de Israel. Estas grandes calamidades, castigo de los errores de toda una nacion, descargaban así sobre el inocente como sobre el culpable; pues que en el seno de la patria y de la felicidad, nunca imitó Tobías á sus compatriotas, los cuales corrian á tropel á los altares de los ídolos, é iba todos los años á Jerusalem para presentar sus ofrendas al Templo del

Señor. Descubriáse en él una madurez precoz que le impedía, aun en sus tiernos años, de correr riesgo alguno en sus acciones, y nadie observaba la ley con mas fidelidad. Adulto ya, casó con una mujer de su misma tribu, que se llamaba Ana, de la cual tuvo un hijo, á quien puso su propio nombre, y le educó en el amor del Señor y en el temor del pecado. Entre los rigores del destierro y del infortunio, nunca dejó la senda de la verdad: abstúbose de manjares prohibidos, y tuvo siempre presente los divinos preceptos. Así permitió Dios que el vencedor le mirase con ojos propicios, dejándole una lata libertad y honrándole con su confianza, de la cual se aprovechó Tobías únicamente en beneficio de sus hermanos, á los cuales daba saludables avisos y socorros afectuosos y multiplicados. Entre otras de sus buenas acciones en Rages, ciudad de la Media, prestó un dia diez talentos de plata á un hombre muy indigente que tenia por nombre Gabelo.

Salmanasar habia muerto, y Sennaquerib su hijo se mostró cruel hácia los cautivos, acabando de exasperarle la completa destruccion de su ejército junto á los muros de Jerusalem. Hizo dar la muerte á muchos judios; y era expedida tambien la orden para matar á Tobías, conocido en Níve por los cuidados que prodigaba á sus desgraciados compatriotas. Tobías, despojado de todo, huyó con su hijo y su mujer, y como era generalmente amado á causa de sus bellas calidades, y de su bondadoso corazon, encontró medio para ocultarse y sustraerse á la muerte que le amenazaba. Pero esta prueba no fué duradera. Pereció Sennaquerib á manos de sus hijos conjurados, y bajo el reinado de Assaradden, el nuevo rey, y Tobías volvió á entrar en su casa y en el goce de sus bienes. Tomó otra vez sus antiguos hábitos de beneficencia, á pesar de los peligros que habia que temer. Y en una fiesta religiosa y solemne entre los judios, hizo preparar un gran convite, y habló así á su hijo: "Vé y traeme aquí á algunos de nuestra tribu, temerosos de Dios y necesitados, y comerán con nosotros." Obedeció el jóven, y á la vuelta le dió noticia que el cadáver de

un Israelita estaba tendido en la calle sin sepulcro. El padre, mas solícito de cumplir con los deberes de la caridad, que de probar un bocado, corrió á donde se hallaba el cadáver, y le ocultó en su casa para enterrarlo secretamente despues de puesto el sol. Sentóse luego á la mesa; pero lloraba y temblaba porque le vinieron á la memoria aquellas palabras del Señor: "Vuestros dias festivos se convertirán en desolacion y en luto." Y lo que practicó en esta ocacion lo hacia con frecuencia, á pesar de la prohibicion del rey y de las increpaciones de sus parientes.

Pero una nueva y dura afliccion vino á añadirse á todas las demas. Fatigado un dia por los socorros que prestaba á sus hermanos, se echó junto á una pared y quedóse dormido. Casualmente un poco de estiércol de un nido de golondrinas cayó sobre sus ojos y le cegó. Envió Dios esta tribulacion á Tobías, á fin de que la paciencia, asi como la caridad de su servidor, fuesen un ejemplo para la posteridad, como lo fué el pacientísimo Job, el hombre de los dolores y de los sufrimientos. Firme por esto en sus convicciones, no se dejó abatir por su infortunio, ni acabar dar por los dichos ni ultrajes de los otros, pues tambien tuvo que sufrir como Job los reproches de sus amigos y de su familia. "¿Dónde está, le decian, el fruto de tu esperanza con la cual repartías limosnas y enterrabas los muertos?" Tobías les respondía con mansedumbre: "No habéis así, puesto que nosotros somos los hijos de los santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar á los que guardan una fidelidad inviolable." Ni aun su propia muger se abstenia de arrostrarle sus buenas obras con indiscrecion y dureza. Todos los dias iba á trabajar fuera de casa, y traía el sustento que podia ganar con el trabajo de sus manos. Sucedió un dia que, recibiendo ella un cabrito de leche, le trajo á su casa. Así que oyó Tobías el balido, dijo: «Mirad que no sea acaso hurtado: restituídele á sus dueños, porque no es lícito el comer ni aun tocar cosa robada.» Ana se puso entónces irritada y le respondió. «Bien claro se vé ahora cuán vana era tu esperanza, y de qué han servido tus limosnas.» Y con tal aspereza

le trataba muy á menudo; pues los génios vivos y débiles se exasperan con los largos padecimientos. Echase de ver que Tobías se hallaba á la sazón reducido á la pobreza, y de ello toma pretexto la mujer para atribuir aquel infortunio á las abundantes limosnas que hacia ántes su esposo; pero, como advierten algunos expositores, la limosna no empobrece cuando se practica con discrecion; y mas bien la pobreza de Tobías podia provenir del tiempo en que Sennaquerib tuvo confiscados sus bienes.

Tobías empero, por todas partes agobiado, se puso á rogar á Dios con lágrimas y suspiros. «Justo eres, Señor, y justos son todos vuestros juicios, y todas vuestras sendas no son sino misericordia, verdad y justicia. Acordaos ahora de mí, ¡oh Señor! y no tomeis venganza de mis pecados: no os acordeis de mis faltas y de las de mis padres. Porque violamos vuestros preceptos, hemos sido abandonados al saqueo y á la muerte, y hemos venido á ser la fábula y el escarnio de todas las naciones testigos de nuestra dispersion..... Haced, Señor, ahora de mí lo que fuere de vuestro agrado: mandad que sea recibido en paz mi espíritu, porque mejor me es ya morir que vivir.» Un desaliento sumo se habia apoderado del corazón de Tobías: la existencia le parecia una carga insoportable.

Y al mismo tiempo, una súplica casi semejante, partia de otra alma profundamente aflijida; pues este mundo no es mas que el vasto imperio del dolor: pocos ejemplos se encuentran de una alegría inalterable; y si aplicando el oído hácia la tierra, escuchamos en los gritos que de ella se levantan, vendrá á resonar tristemente en nuestro corazón angustiado y desehe un concierto universal de lamentos y de llantos. Habia, pues, en Rages, ciudad de la Media, una jóven judía llamada Sara, cuyo padre tenia por nombre Raguel. Habia tenido siete esposos sucesivamente, y todos habian muerto en la misma noche de su enlace, ahogados por el demonio Asmodeo, el cual tiene bajo de su imperio á los hombres que se abandonan sin freno á sus groseros instintos. Pues así como el hombre gobierna las criaturas inferiores, é imprime á

la materia el sello de la inteligencia y de su libertad, del mismo modo recibe una impulsión del mundo superior, y su cuerpo y su alma sienten la secreta influencia de los ángeles, puros espíritus, de los cuales unos habitan en las regiones de la luz y aman el bien en que gozan, miéntras que otros habitan las tinieblas y aman el mal en que se complacen con una alegría feroz y desesperada.

Cierto dia la infortunada Sara, increpaba por alguna falta á una de las criadas de su padre: y respondióle ésta con la mayor insolencia y dureza: «Nunca jamás veamos entre nosotros sobre la tierra hijo ni hija nacido de tí, ¡homicida de tus maridos! ¿Quieres tu acaso matarme tambien á mí, como ya has hecho con siete maridos?» Sara mostróse extremadamente sentida de tan injuriosas palabras: retiróse á su aposento, en el cual pasó tres dias y tres noches sin comer y sin beber, á fin de mover á Dios con esta penitencia. Perseveraba en la oracion, conjurando así las maldiciones pronunciadas contra ella, y esforzándose en desviar de sí el oprobio que pesaba sobre aquellos matrimonios. Y al tercer dia, por fin, concluyó su oracion con estas palabras: «Bendito sea tu nombre, ¡oh Dios de nuestros padres! que despues de tu enojo, pasas á la misericordia, y perdonas sus faltas á los que te invocan en el tiempo de la tribulacion. Atí, Señor, vuelvo mi rostro, hácia tí levanto mis ojos fatigados. Ruégote, Señor, con toda la fuerza de mi corazón, que ó bien me libres de este lazo de mi oprobio, ó á lo ménos me saques de este mundo..... Bien sabes, Señor, que nunca me he mezclado con las locas alegrías del mundo, ni me comuniqué con gente liviana. Y si consentí en tomar marido, fué por tu santo temor, y no por afecto sensual. Así que, ó yo fui indigna de los esposos que se me dieron, ó ellos quizá no fueron dignos de mí, porque tu tal vez me tienes reservada para otro esposo: pues no está en poder del hombre en penetrar tus designios. Mas el que te adora sabe bien que despues de las pruebas de esta vida, será coronado, y si estuviere en tribulacion será librado, y despues del azote de tu castigo, al-

canzará misericordia. Porque no te complaces tú en nuestros males, puesto que despues de la tempestad envias luego la bonanza, y tras las lágrimas y suspiros infundes el júbilo y el placer. ¡Oh Dios de Israel! bendito sea para siempre tu santo nombre.”

El supremo Dios escuchó desde las alturas de su gloria los ruegos de Tobías y de Sara, y fueron atendidos. El ángel Rafael, cuyo nombre significa *medio celestial*, revestido de una forma humana, vino á curar á los dos afligidos. Pues aunque Dios pueda obrarlo todo en todas las criatura por la sola eficacia de su querer omnipotente, y derramar desde luego sobre ellas los dones de su munificencia divina; con todo, gobierna los séres y los mantiene el uno por el otro en las relaciones de una sábia y perfecta gerarquía: los mas elevados protejen á los inferiores, y estos ayudan y dirijen á los mas humildes; porque el poder supone y reclama la proteccion y el sacrificio en favor de otro, y no se se manda sino para servir. Ved ahí por qué aquel que preside debe temperar el brillo y la fuerza de su superioridad á fin de hacerse accesible y útil á aquellos que rige. Y el objeto final de esta ley es el reunir todas las naturalezas racionales hácia un centro de amor mútuo, por la necesidad de un comercio recíproco y de una saludable concordia, pues el órden y la armonía, vienen del amor y vuelven á conducir á él. Así es como Rafael fué enviado á Tobías y á Sara, y tomó la forma de hombre para socorrer criaturas humanas.

Tobías, que habia invocado á la muerte, creyó que Dios iba efectivamente á llamarle á sí: y por esto llamó á su hijo, y expresándole su última voluntad, dijo: «Escucha, hijo mio, la palabra de mi boca, y siéntalas como por cimiento en tu corazon. Luego que Dios haya recibido mi alma, dá sepultura á mi cuerpo. Honrarás á tu madre todos los dias de tu vida, porque debes tener presente lo que padeció y á cuantos peligros se expuso llevándote en su seno: y cuando haya terminado la carrera de su vida, la enterrarás junto á mí. Acuérdate de Dios todos los dias: guárdate de consentir jamás en pecado, y de quebrantar

los mandamientos del Señor. Haz limosna de lo que tengas, y no vuelvas las espaldas á ningun pobre, y así conseguirás que tampoco el Señor aparte de tí su rostro. Seas, pues, caritativo en cuanto puedas; si tienes mucho, da con abundancia, si tienes poco, da poco, pero de buena gana. Pues con esto te atesoras una gran recompensa, por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte eterna, y no dejará caer el alma en las tinieblas del infierno.” Despues de haber recomendado tambien á su hijo el amor de la pureza, de la justicia y de la sabiduría, añadió: «Te prevengo tambien, hijo mio, que, siendo aún tú niño, presté diez talentos de plata á Gabelo de Rages, ciudad de los Medos, y tengo su recibo en mi poder. Procura, pues, buscar modo cómo vayas allá recobrando dicha cantidad y devolviéndole su recibo.” Y como esta era al parecer toda la fortuna que dejaba Tobías, añadió: No por esto te aflijas, hijo mio: verdad es que somos pobres, y pasamos la vida estrechamente; pero tendremos muchos bienes si temiéremos á Dios, y huyéremos de todo pecado, obrando solamente el bien. ”Tales fueron las instrucciones de este anciano, recojido en un grave pensamiento de religion, y penetrado de un sentimiento de tierna solicitud hácia los que dejaba sobre la tierra; monumento de sencillez, de dignidad y de fe, estas palabras merecen ser recordadas por todos los padres, y serviles de inspiracion en el momento supremo en que dejan para siempre á los objetos mas caros á su corazon.

El jóven Tobias respondió á su padre: «Cumpliré, padre mio, todo cuanto me habeis mandado.” Manifestó sin embargo algunos temores sobre la posibilidad de encontrar á Gabelo, y de hacer solo el viaje de Rages. «Busca, replicó el padre, algun hombre fiel que vaya contigo pagándole su salario, para que cobres esta cantidad mientras yo vivo todavia.” Salió, pues, Tobías de casa, encontró un jóven de gallarda presencia que estaba como en traje y ademan de viajar. No pudiendo sospechar Tobías que fuese un ángel del Señor, le saludó y le dijo: «De dónde eres, buen mancebo?” A lo que respondió el desconocido: «Soy uno de los

hijos de Israel.”—“¿Sabes tú, prosiguió Tobías, el camino que conduce al país de los Medos?”—“Sí, por cierto, respondió, y muchas veces he corrido aquellos caminos, y héme hospedado en casa de Gabelo nuestro hermano, que habita en Rages, ciudad de los Medos, situada en las montañas de Echatana.” Fué Tobías á ponerlo todo en noticia de su padre, el cual, admirado de un tal encuentro, mandó al extranjero, rogándole que entrase en su casa. Al entrar en ella, saludó al anciano, deseándole larga alegría; mas respondió Tobías: “¿Qué alegría puede haber para mí que me siento en la oscuridad, y que no puedo ver la luz del cielo?” Y replicó el jóven: “Buen ánimo, que no tardará Dios en curarte.” Despues le prometió conducir á Rages á su hijo Tobías, y volver acompañado con él. El anciano le preguntó de qué tribu y de qué familia era; y contestó el desconocido: “¿Quieres tú indagar de qué linaje sea el servidor que ha de acompañar á tu hijo; ó te basta informarte de su persona? Mas para no ponerte en cuidado, sepas que yo soy Azarias, hijo del grande Ananias.” El ángel habria tomado sin duda la figura de Azarias, y este nombre que significa *socorro de Dios*, expresaba perfectamente la mision del enviado celeste. Hechos ya los preparativos, y habiéndose dado todos el adios de despedida, los dos viageros se pusieron en camino, siguiendo sus pasos el perro como guarda fiel de sus personas.

Apénas hubieron partido, cuando Ana se puso á llorar, diciendo: “Tú nos has enviado léjos el báculo de nuestra vejez. ¡Ojalá nunca hubiese habido en el mundo tal dinero, que ha sido la causa de enviarle! En medio de nuestra pobreza, podíamos tenernos por ricos al ver á nuestro hijo.”—“No llores, respondió el anciano, nuestro hijo llegará sano y salvo á nosotros, y tus ojos le verán, porque yo creo que el buen ángel de Dios le acompaña, y cuida de todo lo perteneciente á él, á fin de que vuelva con gozo á nuestra casa.” Estas palabras calmaron el llanto de la madre, que cesó de llorar y de lamentarse.

Entretanto los viajeros llegaron á las márgenes del Tigris, en donde pasaron la primera noche. Salió el jóven Tobías á lavarse los piés al rio y hé aquí que salió un enorme pescado y le acometió. Despavorido el jóven dió un grito, y reclamando el auxilio de su conductor, exclamó: “¡Señor! ¡que me embistel!” Y le dijo éste tranquilizándole: “Agárrate de las agallas, y tírale hacia tí!” Así lo ejecutó el mozo: sacóle arrastrando fuera del agua, y el enorme pescado empezó á palpar á sus piés. Ordenóle en seguida que guardase el corazón, la hiel y el hígado del animal, añadiendo que aquellas vísceras eran necesarias para útiles medicinas. Así lo hizo Tobías, sirviéndoles el pez para el alimento que necesitaban hasta llegar á Rages, y preguntando el jóven á su guía: “Hermano mio Azarias, ¿para que serán buenas estas entrañas de pez que me has mandado guardar?” Contestóle que para ahuyentar todo género de demonios y para curar la ceguera. La mañana siguiente continuaron su camino, que duró algunos dias; y al entrar en Echatana, dijo Tobías á su compañero: “¿Dónde quieres que nos alojemos?” Y respondió éste: “Aquí hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo y de tu tribu, el cual tiene una hija única, llamada Sara. A tí toca toda su hacienda, y tú debes tomarla por mujer. Pídela, pues, á su padre, y él te la dará por esposa.” “Tengo entendido, replicó Tobías, que se ha desposado sucesivamente con siete maridos, y que han fallecido todos, y segun parece un demonio los ha ido matando. Temo, pues, que á mí me suceda lo mismo; y siendo como soy hijo único de mis padres, no llene de amargura su vejez, y no los precipite al sepulcro.” Entonces Rafael le dió á conocer quiénes fuesen aquéllos hombres sobre los cuales tenia potestad el demonio; que aquella desgracia solo alcanzaba á hombres groseros, que sin pensar en Dios, solo se entregaban á sus brutales instintos, y que se podía muy bien evitar por medio de la oracion, y por la pureza de las intenciones, llevando en el matrimonio el fin de conseguir en los hijos la bendicion propia del linaje de Abraham. Porque las calamidades son siempre la compensacion de alguna falta, y se les

puede conjurar por medio de la santidad de la vida. Y en efecto, es dado al hombre remontarse por la virtud á la altura de donde descendió por el crimen, volviendo de este modo á tomar y ejercer sobre las fuerzas enemigas que le combaten una parte de su antiguo imperio, y por consecuencia volver al seno de la turbada naturaleza alguna imagen de la paz y de la armonía primitivas.

Rafael y Tobías entraron, pues, en casa de Raguel, el cual les recibió con alegría aun ántes de conocerlos. Y así que puso sus ojos en Tobías, dijo á Ana su mujer: “¡Cuán parecido es este jóven á mi primo hermano Tobías!” Y dirijiéndose despues á sus huéspedes les preguntó: “¿De dónde sois, oh jóvenes hermanos nuestros?” “Somos, le respondieron, de la tribu de Neftalí, de los cautivos de Nínive.” “¿Conoceis, repuso Raguel, á Tobías mi primo hermano?” “Le conocemos,” respondieron ellos. Y como Raguel dijese de él muchas alabanzas, díjole el ángel: “Ese Tobías de que hablas, es el padre de este jóven.” Entónces Raguel le echó los brazos, besóle con lágrimas de gozo, y sollozando sobre su cuello dijo: “Bendito seas tú, hijo mio, que eres hijo de un hombre de bien, de muy elevada virtud.” Y su mujer y Sara su hija, conmovidas de ternura, prorrumpieron tambien en llanto. ¡Son tan dulces las afecciones de familia, y hay tanto lugar para las tiernas emociones en el corazon de los desterrados!

Despues de algunos momentos de conversacion, Raguel hizo matar un carnero, y preparar un convite para los viajeros. Y como les instase á sentarse á su mesa, le dijo Tobías: “No comeré ni beberé hoy aquí, si primero no me otorgas mi peticion, prometiendo darme á Sara tu hija.” A estas palabras conturbado Raguel, y estremecido al pensar en la muerte de los siete maridos, temia para su pariente un fin tan trágico, y en su perplejidad, guardaba silencio. Pero el ángel calmó su sobresalto acerca de los destinos de Tobías. “No temas dársela, dijo, porque á éste que teme á Dios es á quien debe darse tu hija por mujer, y por esta misma razon ningun otro ha merecido tenerla.” Consintiendo, pues, Raguel en cumplir los deseos de Tobías, exclamó: “No du-

do ya que Dios habrá dejado de subir hasta él mis oraciones y mis lágrimas, y creo que por esto os ha traído á mi casa, á fin de que mi hija reciba esposo de su parentela, segun la ley de Moisés. Por tanto, está seguro que yo te la daré.” Y tomando la mano derecha de Sara la juntó con la derecha de Tobías, diciendo: “Que el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, sea con vosotros, que él mismo os una, y se cumpla en vosotros su bendicion.” Formalizaron en seguida la carta matrimonial, y celebraron un convite dando gracias y bendiciones al Señor que habia enviado á las dos familias una inesperada felicidad.

Llegada la tarde, introdujo Ana á su hija Sara en el aposento nupcial que tenia ya preparado á invitacion de su esposo Raguel: pero la recién desposada, trayendo á la memoria sus pasadas desgracias, no pudo contener el llanto, temblando de que el júbilo de aquel dia no fuese seguido la mañana siguiente de una amarga tristeza y de un nuevo luto. Pero su madre se esforzó en calmar su agitacion diciéndole: “Ten buen ánimo, hija mia: el Señor del cielo te llena de gozo, despues de tantos disgustos como has sufrido.” Concluida la cena, el jóven fué conducido al aposento de su esposa. Fiel á las órdenes de su conductor Tobías, en la cámara nupcial puso sobre ascuas y redajo á cenizas el corazon y el hígado del pescado que conservaba. Y el espíritu celeste encadenó al ángel maligno, y le arrojó léjos de allí librando de su furor á los dos esposos. Y Tobías consoló á la doncella, exhortándola á pasar tres noches en oracion para conjurar todo peligro. Y él mismo se puso tambien á rogar, invocando con pureza de corazon al Señor Dios de sus padres, invitando á que le diesen gloria todas las criaturas, y confiando que, pues habia hecho á Adan del lodo de la tierra y le habia dado á Eva por esposa, bendijese su union, siendo como era autor y árbitro de todas las criaturas y gobernando á su voluntad la natural energía de ellas, ya dejándolas en libertad, ó ya reteniéndolas cautivas. Por su parte decia Sara: “Tened misericordia de nosotros, Señor, tened misericordia de nosotros, y haced que uno y otro lleguemos en salud hasta la